

Relaciones, Visualidad y Temporalidad: Un Comentario Sobre las Etnografías del Control

Helene Risørⁱ

RESUMEN

El presente trabajo discute donde se sitúa el análisis y la conceptualización del “control” en cinco etnografías. Se sostiene que aparecen tres elementos de interés para pensar una conceptualización del “control”. Estos son: a) el aspecto relacional, entendiendo que la diferenciación y la necesidad de controlar la diferencia está contenida en las relaciones sociales; b) visualidad, entendiendo que el control, y la evasión de éste, adquiere características visuales que Povinelli (2011) ha denominado “espionaje” y “camuflaje”; y, c) temporalidad, entendiendo que el control tiene sus ritmos entre la vida cotidiana y eventos espectaculares.

Palabras claves: *Control, Relaciones, Visualidad, Temporalidad*

ABSTRACT

This paper discusses where a notion of ‘control’ is located in the analysis and conceptualization of five ethnographic articles. It is argued that through these ethnographies three elements of interest to think of a conceptualization of ‘control’ emerge. These are, a) the relational aspect, understanding that differentiation and the need to control difference is embedded in social relations; b) visuality, understanding that the control and its avoidance, acquires the kind of visual features that Povinelli (2011) has termed ‘espionage’ and ‘camouflage’; and, c) temporality, understanding that control has its rhythms involving both everyday life and spectacular events.

Key words: *Control, Relations, Visuality, Temporality*

ⁱ Pontificia Universidad Católica de Chile & Centro de Estudios Interculturales e Indígenas, CIIR. Correo-e: hrisor@uc.cl.

¿Cómo entender y estudiar el control? ¿Dónde está situado? ¿Cómo se ejerce y qué efectos produce? Estas preguntas subyacen a los artículos de este dossier. Aquí los autores indagan prácticas de control en contextos específicos, y mediante un análisis etnográfico buscan conceptualizarlo. Los trabajos nos invitan a pensar en distintos territorios –desde el sur del territorio llamado Chile con poblaciones pehuenche (Cristobal Bonelli), entre colonos minifundistas y funcionarios estatales en la Araucanía neoliberalizada (Piergiorgio Di Giminiani), en el mar con las ballenas y su caza de atáño (Daniel Quiroz), pasando por la descripción de Pablo Briceño de la economía de rumores en La Victoria, un espacio urbano tradicionalmente conocido como una zona de resistencia, hacia el control patriarcal y médico del cuerpo y la subjetividad femenina (Michelle Sadler), y finalmente hasta llegar a una Bolivia plurinacional y sus esfuerzos por generar liberación popular –e indígena– mediante un proceso constituyente desde el ámbito estatal (Salvador Schavelzon). La inspiración teórica es diversa, y algunos artículos abordan de forma más explícita que otros las prácticas o nociones de control que emergen desde su etnografía: Daniel Quiroz reflexiona a partir de la práctica etnográfica como un ejercicio de control incontrolable. Inspirado por Michael Taussig y una noción de la etnografía como esencialmente una narración de narraciones que deja en evidencia su producción, los sujetos de estudio de Quiroz (hombres y ballenas) siempre se sitúan en un horizonte más lejano, inaccesible, nebuloso o enigmático. En este sentido el que-hacer etnográfico consiste en dejarse llevar y aceptar el descontrol como un elemento fundamental de nuestra disciplina. A su modo cada uno de los artículos es producto de experiencias etnográficas y desde allí –y en diálogo con diversas lecturas– emergen las nociones de control.

Aunque los análisis son muy diferentes entre sí, tanto Di Giminiani como Sadler abordan el pensamiento crítico en torno al neoliberalismo como una forma de gobernanza, y las lecturas Foucaultianas de la producción de individualización y auto-disciplina en el control tanto de cuerpos como de bosques. Mientras Sadler identifica las maneras en que el cuerpo femenino –y por ende la producción de una subjetividad femenina– es objetivado y controlado mediante la ciencia biomédica en un

contexto patriarcal que deshumaniza el parto y a las mujeres parturientas, el control neoliberal descrito en el artículo de Di Giminiani está situado en la producción de conocimiento y experticia en torno al manejo forestal. Aquí el autor ilustra cómo este conocimiento oficial produce mecanismos de control multidireccionales, que afectan no sólo a los sujetos de las políticas ambientales (los colonos), sino también a quienes implementan estas políticas (los fiscalizadores o monitores de la CONAF), quienes son evaluados en su capacidad de generar “casos” (o proyectos) más que en su capacidad de evitar la deforestación. El control aquí es, en otras palabras, múltiple y generado en la imbricación de distintos ámbitos legales, económicos y culturales. No hay un “afuera” del neoliberalismo, sino esta manera de gobernanza es resistida –en formas más o menos conscientes y elaboradas– desde adentro, en tanto la gente navega en el sistema en búsqueda de sobrevivencia y bienestar. Briceño, por otro lado, ubica su análisis en las relaciones de vida cotidiana vecinal, situando el control dentro del ámbito ético más que político, y como un efecto de los esfuerzos relacionales de las personas por definir lo “bueno” y lo “malo”, y actuar en acuerdo a estos criterios comunes. Finalmente, tanto Bonelli como Schavelzon tienen su inspiración teórica en el llamado “giro ontológico” y –¿quizá en menor medida?– en la teoría del actor-red de los Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología. El énfasis está aquí en la existencia (más que en la producción de) diferencia y alteridad, y en la pregunta por cómo diferentes mundos, naturalezas y cuerpos coexisten. Estos dos artículos tienen una conceptualización más sutil del control, en donde la persistencia de diferencias y las equivocaciones dan espacio a que hayan elementos que se mantienen en silencio, bajo el radar o invisibles y que por ende escapan al “control”. Argumentando por la relevancia de una etnografía realizada desde los intersticios, los autores buscan abrir una posibilidad –¿quizá utópica?– a que persistan elementos ingobernables que escapan, en las palabras de Schavelzon, a los procesos de hibridación y homogenización de la globalización.

Más allá de esto, y a pesar de la gran diversidad en contenido, estilo y enfoques teóricos de los artículos, aparecen en forma transversal tres elementos que a mi parecer son interesantes –aunque quizás no sorprendentes– para pensar una

etnografía del control. Estos son, el aspecto *relacional*, la *visualidad* y la *temporalidad* del control.

RELACIÓN, VISUALIDAD Y TEMPORALIDAD

En todos los artículos de este volumen figura el control como un aspecto relacional entre personas; entre grupos sociales, géneros y pueblos, formas de gobernanza, ciencias, leyes, etc.; y, entre mundos, seres espirituales y distintas formas de materialidad y corporalidad. La diferenciación y la necesidad de controlar la diferencia emerge desde las relaciones. Este aspecto relacional es particularmente evidenciado en el análisis de Briceño, quien argumenta que las distinciones éticas y las definiciones de virtud son continuamente definidas y afirmadas a través de relaciones sociales como lazos de amistad y parentesco. En su etnografía de la vida cotidiana de una población, el control es intrínseco a las relaciones sociales, y las definiciones de bien y mal son esencialmente establecidas mediante conversaciones coloquiales y chismes. Briceño argumenta que el control solamente puede ser relacional, porque sino es una traición: es decir, cuando la gente busca influenciar al otro con fines distintos a la relación misma, nos encontramos fuera del control y los límites éticos que éste define. Aquí las normas comunes constituyen una forma de control mutua, y el control funciona esencialmente hacia adentro. Si bien ésta es una perspectiva interesante que permite agregar nuevas dimensiones a la dicotomía conceptual entre estructura y agencia, sabemos poco acerca de cómo estas definiciones de virtud son definidas en las conversaciones entre los vecinos (¿o vecinas?) que aquí aparecen como pares. Sería interesante conocer más sobre cómo se establecen jerarquías internas, y cómo prácticas y elementos simbólicos distintas a los descritos por el autor – ver televisión, salir a comprar y “pelar” o “chismear”- actúan en este proceso. ¿Qué importancia tiene el trabajo, las relaciones de parentales y generacionales, o la participación más formal en la comunidad en juntas vecinales, agrupaciones culturales, etc. en la diferenciación interna y en la valorización de los anuncios al momento de “pelar” o “chismear”? O dicho en otra manera, ¿cuáles son las micro-traiciones existentes dentro de la relación de control?

En este sentido, el trabajo de Sadler aparece en el extremo opuesto a la propuesta de Briceño. A través de su inquietante etnografía se nos aparece un escenario donde la relación se deriva permanentemente en una traición hacia la mujer y su cuerpo. Es en estas situaciones de parto y “control de embarazo” donde las relaciones y la circulación discursiva de conocimientos e ideologías decantan, y el control adopta una materialidad y corporalidad inescapable e incómoda. Siguiendo a Foucault, Sadler nos muestra cómo el poder se manifiesta violentamente en la producción de una subjetividad y una corporalidad dócil. También evidencia como esta corporalidad está sostenida por una relación dicotómica entre naturaleza y cultura, o lo que ella denomina mujeres “salvajes” y “civilizadas”. Pareciera que en última instancia es el mantenimiento de esta relación –la clásica división occidental entre naturaleza y cultura– la que hace factible y productivo el control, y desde esta perspectiva nos parecería relevante preguntar por qué vías –tanto teóricas como prácticas– se circunscribe esta relación? ¿Donde se situaría, por ejemplo, la relación de control desde la perspectiva feminista cyborg propuesta por Haraway (1985), donde las “identidades” –aquí bien entre comillas– son esencialmente cambiantes e inestables? ¿Qué posibilidades de acción ofrece una subjetividad cyborg a las mujeres que son sometidas no solo a un régimen de autocontrol y gubernamentalidad de sus cuerpos, sino también –a veces– a un poder más bien soberanamente palpable (aquí en el sentido de definiciones de vida o muerte) sobre sus cuerpos?

La pregunta por el cyborg –siempre en proceso de alteración, inclusive de sí mismo– nos lleva al segundo elemento transversal en las etnografías del control: la visualidad. Con mayor o menor intensidad, en todos los artículos el control aparece asociado a prácticas de visualización y ocultación. Los colonos descritos por Di Giminiani establecen estrategias de encubrimiento de la tala de árboles frente a la fiscalización estatal; los cuerpos femeninos de Sadler están siendo fijados para facilitar la visión científica; la neblina sirve a Quiroz como metáfora para expresar la experiencia de descontrol inherente en la práctica etnográfica; y sobre todo el trabajo de Bonelli ilustra en su etnografía bella y evocadora cómo las diferentes formas de ver crean diferentes realidades. Nos recuerda que hay más

que una versión del ver, y que las prácticas visuales son instrumentos de diferenciación por excelencia. Las miradas que ven pequeños diablos asociados a los cuerpos humanos en muestras de orina no son automáticamente compatibles con las miradas que “solo” pueden ver mediante rayos x. Es en los intentos por generar instancias interculturales en el sistema de salud que la inconmensurabilidad de estos mundos queda expuesta. Para Bonelli, el hecho de que haya elementos de alteridad que se mantienen invisibles ante la mirada de las fuerzas de gobernanza, es una indicación del carácter invencible y por ende ingobernable de otros mundos.

Al parecer Bonelli sitúa la invisibilidad de la alteridad predominantemente como un efecto de dicha alteridad, más que como una táctica consciente por parte de grupos subalternos, al tiempo que sitúa la labor consciente de visibilización en el ámbito estatal de los funcionarios de salud intercultural que buscan “hacer visible” a los *lawentuncheve* (yerbateros) y *machis*. A partir de su trabajo en Australia indígena y con grupos “alternativos” en los Estados Unidos, Elizabeth Povinelli (2011) entiende las prácticas visualizantes como pertenecientes tanto al poder estatal (y de organismos internacionales) como de grupos subalternos. Ella emplea en forma no metafórica los conceptos de “espionaje” y “camuflaje”. Con estos términos se refiere a cómo instancias de gobierno literalmente espían al “otro” para generar mecanismos de reconocimiento y control, y cómo grupos subalternos responden ante estas prácticas gubernamentales de visibilización quedándose en las sombras o “camuflándose” con estilos de vida de la población promedio, o como una persona indígena “legible” como tal de acuerdo a los estereotipos. Un punto que nos recuerda que requiere trabajo situarse en una posición desde donde uno es legible para ser reconocido como alteridad desde el ojo experto multicultural o intercultural –y también implica un labor permanente evitar esta mirada– del poder benevolente del reconocimiento o experto de la fiscalización.

Estos juegos de visibilización y ocultamiento –también explorados, por ejemplo, por Taussig (1999), en su ensayo sobre el movimiento zapatista y la figura del subcomandante Marcos– tienen su temporalidad. En las etnografías del presente volumen, el tiempo juega un rol en las relaciones de control. Este se hace visible en eventos y performances espectaculares:

fogatas que son apagadas por las señoras “choras” de la población; furgones mensuales que llevan pacientes pewenches a consulta con “sus” chamanes; el momento del parto en la vida de una mujer; bosques que se conviertan en selva si no son mantenidos. La cotidianidad y eventualidad del control conviven, y para quienes adoptan una forma de vida no reconocida o “alternativa”, la vida puede adoptar la forma de un “aguante” infinito que tiene efectos materiales reales y concretos (cf. Povinelli 2011). En este sentido, para algunos grupos el desafío parece ser cómo mantenerse inalterado más que cómo lograr cambio.

Finalmente quisiera tomar este último punto sobre temporalidad, continuidad y transformación, para mencionar el importante trabajo de Schavelzon en el contexto del cambio radical de Bolivia hacia convertirse –por lo menos en términos legales– en un Estado plurinacional. Junto al artículo de Di Giminianni, quien también toma en serio a los actores estatales como sujetos etnográficos multidimensionales, este trabajo sitúa su análisis desde los procesos del Estado y no en los sujetos que son convertidos en objetos de control estatal. Su artículo plantea algunas preguntas precisas acerca de los límites de transformación del Estado-nación: ¿cuánto se puede transformar el Estado –como instancia unificadora y de control de la población– y todavía mantenerse (y reconocerse) como Estado? ¿Cómo generar un Estado Plurinacional donde caben y coexisten diferentes grupos y mundos? ¿Es posible crear las bases para coexistir sin eliminar todo lo que no se puede traducir? Para quienes seguimos con interés los procesos de transformación en Bolivia, es cada vez más innegable que el equilibrio entre un Estado que cobra mayor protagonismo y control soberano y un Estado con autonomía regional y horizontalidad política entre pueblos (y seres no-humanos, como por ejemplo la *pachamama*) no es fácilmente aplicable (ver también Postero, en prensa). En ese sentido, para esta lectora, hubiese sido interesante si el artículo hubiera ofrecido mayor descripción etnográfica del proceso constituyente mismo, ya que eventualmente esta etnografía pudiera haber ofrecido indicaciones sobre cómo esta tensión –aparentemente irresuelta– quizás ya estaba presente en los momentos optimistas del proceso constituyente. De todos modos, esta labor antropológica situada desde los procesos

de formación estatal constituye un contrapunto bienvenido e importante. Pues, cuanto más nos adentramos en este mundo, la figura del estado unificado, absoluto y soberano también se desvanece, y en su lugar aparecen, a la vez, muchas prácticas, relaciones y mundos que se alteran entre sí. La etnografía del Estado y la teorización compleja del control –difusa y deslocalizada, y simultáneamente violentamente soberana– es un ámbito donde aún hay mucho por explorar en Chile.

Agradecimientos: Este trabajo se realizó con el apoyo del Centro de Estudios Interculturales e Indígenas, CIIR (CONICYT/FONDAP/15110006)

BIBLIOGRAFÍA

Haraway, D. 1990. "A Cyborg Manifesto: Science, Technology, and Socialist-Feminism in the Late Twentieth Century". En: *Simians, Cyborgs, and Women: The Reinvention of Nature*, pp. 127 – 148. Routledge, Londres.

Povinelli, E. 2011. *Economies of Abandonment: Social Belonging and Endurance in Late Liberalism*. Duke University Press, Durham.

Postero, N. En prensa. *The Indigenous State: Race, Politics, and Performance in Plurinational Bolivia*. University of California Press, Berkeley.

Taussig, M. 1999. *Defacement: Public Secrecy and the Labor of the Negative*. Stanford University Press, Stanford.